

## PECADOS CAPITALES

Era una heladera General Electric. De esas que se vuelven amarillentas con el tiempo. Ocupaba un lugar especial. Parecía que la cocina se hubiera armado en torno suyo. Estaba limpia y cuidada, brillaba.

La doñita ponía especial esmero en mantenerla así. Sentada, erguida y tiesa, se acomodaba el corto y blanco cabello con unas peinetas de carey. Perfume a jazmín sale de su curtida piel gringa y del floreado vestido.

Tosió suavemente, sosteniendo la mirada del inspector que se limpiaba la boca. Volvía del baño, donde acababa de vomitar, salpicándose el traje.

No se asuste m'hijo. ¡Vamos a sentarnos bajo la parra! ¿Vio qué lindo está el jardín y la huerta? Todo lleno de brotes y flores... ¡Disculpe mi descuido! ¿quiere un tecito? ¿y comer algo? ¡Ah! cierto... comer no. Ya sé: paico. Limpia el estómago. Vea, estoy un poco apurada. Hoy, martes, me esperan en el comedor de la parroquia. Cocino yo y también tengo que entregar la ropa que arreglé para el ropero. Siempre paso antes por la plaza y les dejo la comida a los perros. Sí, ellos comen a los pies de la fuente, ¿vio? A los gatitos se la doy en la otra esquina, cerca del Banco para que coman todos sin pelear. Estoy un poco cansada, m'hijito, me duelen los huesos. A la tarde doy clases de catecismo en la parroquia y les llevo torta frita a los chicos, si no, no atienden. ¿Denserio no quiere comer nada? Deseguro vomitó por tener la panza vacía. Con las clases me ayudan dos ahijadas mías. Son chicas muy lindas y trabajadoras. Las crié yo. Sus padres eran vecinos y me las dejaron cuando se quedaron sin trabajo y se volvieron a su provincia. Por ese mentiroso patilludo de Menem. ¡Ojala alguna vez le falte comida! Así como me ve, crié yo sola más de veinte chicos. Casi todos estudiaron, a ninguno le falta trabajo. Tengo nietos y biznietos. Comemos juntos todos los domingos con los que viven más cerca, en esa mesa de madera; mi abuela amasaba ahí.

Baja la vista con un corto silencio. Sonríe, con amargura.

- Usted sabe cómo es. Con la jubilación no me alcanza para todo. Sí, para mi solita sí. Tengo de sobra con el cariño de los vecinos y también con lo que saco de la huerta. Pero, ¿los demás? Vio que hay gente que presta plata. Cobran por día; conocí a algunos y aunque les conté para qué es la plata, ¡No perdonan ni una cuota! Me parte el corazón el comedor de la parroquia. ¡Ojalá pudiera darles de comer a todos! Virgencita, virgencita, perdoname por pensar mal pero podrían repartir un poco los que más tienen. ¿Vio, inspector? Dios apreta pero no ahorca. Una mañana, después de rezar toda la noche, se arregló todo. Esas pastillitas para los huesos que me dio el doctor son buenísimas. Se dormían enseguida sin sentir nada.

Además, me dijo el padrecito que la avaricia ¿se dice así, no? Es un pecado muy grave ¿sabe lo que quiere decir? qué bueno, usted me entiende. Me dijo que se llama pecado capital... ¿o por el capital? ¡claro, es por la plata! Le cuento, le cuento porque lo veo apurado a usted también. Les convidaba un tecito con unas masitas especiales que hago, cuando venían a cobrar. Se dormían bien rápido. Los ayudaba a limpiar sus pecados... ¿no le parece, inspector? Al final, tanto hablar y me olvidé de su té. ¿sigue sin querer? Bueno, si insiste, lo acompaño a la comisaría para que yo le explique a su jefe.

El inspector la tomó suavemente del brazo saliendo de la cocina, al mismo tiempo que cerraba la puerta de la heladera, ocupada con trozos humanos, perfectamente limpios y guardados, a la espera de completar algún menú popular.